



loqueleq

Introducción

«¿Querías examinar la colección completa de los relatos para adultos de Roald Dahl y sugerirme algunos para una posible antología destinada a los adolescentes?», me preguntó Liz Attenborough, la encargada de libros infantiles en Penguin Books. ¡Nadie podría disponer de una excusa mejor para releer algunos de sus libros favoritos, y encima a esto le llaman «trabajo»!

Con la lectura volví a experimentar admiración, estupor y asombro; descubrí que todavía contenía el aliento en mitad de un relato y que me conmovía la sensibilidad –aunque esta sea una palabra que no suele emplearse en relación con la escritura de Dahl– puesta de manifiesto en una historia como “Katina”.

El grueso volumen de tapas duras de los cuentos completos de Roald Dahl estuvo a la vista en mi casa durante varias semanas, y no hubo visitante de quien no suscitase un comentario. En cuanto salía el tema de una colección para jóvenes, cada cual me brindaba su consejo: «Tienes que incluir...»; o surgía un recuerdo: «Me acuerdo de cuando en el colegio robábamos

un ejemplar de Roald Dahl de la estantería de inglés para leerlo en voz alta en el baño a la hora de la comida». En los colegios secundarios que visité me recibieron con entusiasmo y con nuevas recomendaciones. Si hubiera hecho caso a todos mis amigos y a todos los jóvenes lectores, este libro habría sido mucho más luminoso. Pero si el lector lo aborda con el recuerdo de cuánto disfrutó con *Charlie y la fábrica de chocolate*, *Las brujas*, *Matilda* y otras historias, encontrará mucho que disfrutar ahora y mucho más para esperar en el futuro.

Ni el escritor ni el hombre Roald Dahl necesitan presentación por mi parte, pues en *Boy* y en *Volando solo* él mismo invitó a sus lectores a introducirse en su vida. Gracias a sus extraordinarias historias tenemos con él una relación familiar, pues ha venido a convertirse, extrañamente, en parte de nuestras vidas. Dahl amaba los libros y quería realmente que los niños y los jóvenes «se hicieran lectores, se sintieran a gusto con un libro, y no desalentados». «Los libros no han de ser aburridos —decía—, sino divertidos, excitantes y maravillosos; y el aprender a ser un lector otorga una tremenda ventaja. Para llegar a ser algo en la vida, hay que leer un montón de libros».

La obra de Roald Dahl no siempre gusta a los adultos, pero hace mucho que encanta a los jóvenes y ha llevado a gran cantidad de ellos hacia la lectura. Creo que todos los cuentos que aparecen en este libro contienen los ingredientes adecuados: además de los antes mencionados

por Dahl, originalidad, horror, ingenio, el toque de lo macabro, inesperadas vueltas de tuerca y mucho más. ¡A leer, pues, y a disfrutarlo!

WENDY COOLING

Katina

Apuntes sobre los combatientes de la RAF en los últimos días de la campaña griega

Peter fue el primero en verla.

Estaba sentada en una piedra, completamente inmóvil, con las manos sobre la falda. Miraba al frente con expresión vacía, sin ver nada, y a su alrededor, a un lado y otro de la callejuela, la gente iba y venía corriendo con baldes de agua que arrojaba por las ventanas al interior de las casas incendiadas.

Del lado opuesto de la calle, sobre el empedrado, había un niño muerto. Alguien había arrimado el cadáver contra la pared para que no obstruyese el paso.

Un poco más abajo un anciano trabajaba sobre una montaña de adoquines y escombros. Iba quitando las piedras de una en una y las dejaba caer a un costado. A veces se inclinaba y escudriñaba entre las ruinas, pronunciando reiteradamente un nombre.

Todo aquello en medio de los gritos, las corridas, las llamas, los baldes de agua y la polvareda. Y la chica sentada en silencio en aquella piedra, mirando fijamente hacia adelante, sin moverse. Le caía sangre por el lado izquierdo de la cara. Manaba de su frente

y goteaba desde su pera sobre el sucio vestido estampado.

Peter la vio y dijo:

—Miren a esa chica.

Nos acercamos a ella y Fin le posó una mano en el hombro, inclinándose para examinarle la herida.

—Parece un fragmento de metralla —dijo—. Debería verla el Doc.

Peter y yo formamos una silla con las manos cruzadas y Fin alzó a la muchacha para sentarla. Partimos de regreso al aeródromo, los dos andando dificultosamente de lado, de frente a nuestra carga. Sentía los dedos de Peter aferrados con fuerza a mis muñecas, y el peso leve de las nalgas de la muchachita apoyadas en mis manos. Yo iba del lado izquierdo, y la sangre que goteaba de su rostro sobre la manga de mi traje de aviador resbalaba por la tela impermeable para caer sobre el dorso de mi mano. La chica no se movía ni decía palabra.

—Está sangrando bastante —dijo Fin—. Será mejor que apuremos el paso.

Aunque la sangre no me dejaba verle bien el rostro, me daba cuenta de que la criatura era encantadora. Tenía pómulos bien marcados, unos grandes ojos redondos, de un azul claro como el cielo de otoño, y el cabello corto y rubio. Calculé que tendría unos nueve años.

Aquello ocurría en Grecia, a comienzos de abril de 1941, en Paramythia. Nuestro escuadrón de combate estaba estacionado en un fangoso terreno próximo a la aldea. Era un valle profundo, rodeado de montañas. El

helado invierno había pasado y ahora, casi sin que nos diésemos cuenta, había llegado la primavera. Lo había hecho callada y rápidamente, derritiendo el hielo en los lagos y barriendo la nieve de las cimas montañosas: y en el aeródromo veíamos por todos lados el pálido verdor de la hierba que pugnaba por asomar a través del fango, formando una alfombra para nuestros aterrizajes. En el valle teníamos vientos cálidos y flores silvestres.

Los alemanes, que unos días antes habían embestido desde Yugoslavia, operaban ahora intensamente, y esa tarde habían incursionado desde una gran altura bombardeando la aldea con alrededor de treinta y cinco Dornier. Peter, Fin y yo disponíamos de un lapso de descanso y habíamos bajado a la aldea para ver si podíamos ayudar en las tareas de rescate. Habíamos empleado unas horas en hurgar entre las ruinas y ayudado a apagar incendios, y habíamos emprendido el regreso cuando vimos a la niña.

Al aproximarnos ahora al campo de aterrizaje vimos los Hurricane que describían círculos preparándose para aterrizar, y como era de esperar, allí estaba Doc de pie delante de la tienda sanitaria, pendiente de que alguien llegase herido. Nos dirigimos hacia él con la chica a cuestas y Fin, que iba unos metros por delante, dijo:

—Eh, Doc, viejo vago, aquí hay trabajo para ti.

El Doc era joven, agradable y retraído, excepto cuando se emborrachaba. Cuando estaba borracho cantaba muy bien.

—Llévenla a la enfermería —dijo. Peter y yo entramos y la depositamos sobre una silla. A continuación nos

apartamos y nos pusimos a recorrer la tienda para ver cómo marchaban los muchachos.

Estaba empezando a oscurecer. Había una puesta de sol al otro lado de las montañas del oeste, y una luna llena, luna de bombardero, trepando por el cielo. La luna brillaba en la superficie de las tiendas y las teñía de blanco; pequeñas pirámides albas y erguidas, ordenadamente reunidas en grupos reducidos en torno a los límites del aeródromo. Por el modo de agruparse semejaban ovejas asustadas, y la forma de permanecer de pie unas junto a las otras les daba un aire humano; y casi daba la impresión de que supieran que iba a haber problemas, como si alguien les hubiese advertido de que podían olvidarse de ellas y dejarlas abandonadas. Mientras las miraba tuve incluso la impresión de verlas moverse. Me pareció notar que las veía juntarse un poco más.

Y luego, silenciosamente, sin un sonido, las montañas se deslizaron haciendo ligeramente más angosto nuestro valle.

Durante los dos días siguientes hubo mucha actividad aérea. Levantarse al amanecer, volar, combatir y dormir; y la retirada del ejército: eso fue más o menos todo lo que ocurrió, o para lo que hubo tiempo. Pero el tercer día las nubes se abalanzaron sobre las montañas y se deslizaron hasta el valle. Y llovió. De modo que nos instalamos en la tienda-comedor a beber cerveza y vino local, mientras el ruido de la lluvia en el techo remedaba al de una máquina de coser. Después, la comida. Por primera vez en muchos días estaba presente todo el escuadrón. Quince

pilotos sentados en una larga mesa flanqueada por bancos a ambos lados, y El Mono, nuestro comandante, en la cabecera.

Estábamos aún en mitad del plato de carne en conserva cuando el faldón de la tienda se alzó y entró el Doc con un enorme impermeable chorreante sobre la cabeza. Y con él, debajo del abrigo, venía la chica. Llevaba una venda alrededor de la cabeza.

—Hola —dijo el Doc—, he traído a una invitada.

Todos miramos en derredor y súbitamente, de una forma automática, nos pusimos en pie.

El Doc se estaba quitando el impermeable y la chica se quedó allí con los brazos colgando a los costados, mirándonos, mientras nosotros la mirábamos a ella. Con su cabello rubio y la tez pálida, tenía menos aspecto de griega que cualquier otra a quien yo hubiese visto antes. Aquellos quince hombres de rudo aspecto puestos súbitamente de pie ante su entrada la habían asustado, y por un instante giró a medias el cuerpo como si se preparase para salir corriendo bajo la lluvia.

—Hola, hola. Ven a sentarte —dijo El Mono.

—Háblele en griego —dijo el Doc—. Si no, no entiende.

Fin, Peter y yo nos miramos, y Fin dijo:

—Por Dios, si es nuestra chica. Buen trabajo, Doc.

Ella reconoció a Fin y se encaminó hacia el lugar ocupado por este. Él la tomó de una mano y la hizo sentar en el banco, y todos los demás se sentaron a su vez. Le dimos un poco de carne y ella la comió lentamente, con la mirada clavada en el plato.

—Que venga Pericles —dijo El Mono.

Pericles era el intérprete griego asignado al escuadrón. Era un hombre estupendo que habíamos reclutado en Yanina, donde había sido el maestro de la escuela local. Se había quedado sin trabajo desde que comenzó la guerra. «Los niños no vienen a la escuela», decía. «Están arriba en las montañas, combatiendo. Yo no puedo enseñar a sumar a las piedras».

Pericles entró. Era viejo, llevaba barba, tenía la nariz puntiaguda y unos grises ojos tristes. No se le veía la boca, pero la barba hacía una especie de sonrisa cuando él hablaba.

—Pregúntale cómo se llama —dijo El Mono.

Él le dijo a la chica algo en griego. Ella alzó la mirada y dijo: «Katina». Fue lo único que dijo.

—Oye, Pericles —dijo Peter—, pregúntale qué estaba haciendo sentada sobre aquel montón de ruinas en la aldea.

—Por el amor de Dios, déjenla en paz —dijo Fin.

—Pregúntale, Pericles —insistió Peter.

—¿Qué debo preguntarle? —dijo Pericles, frunciendo el ceño.

—Que qué estaba haciendo cuando la encontramos en la aldea sentada sobre aquel montón de escombros.

Pericles se sentó en el banco al lado de ella y volvió a hablarle. Lo hacía con dulzura y era visible que entre tanto su barba le sonreía un poco, para animarla. Ella escuchó, y pareció que tardaba un largo rato en responder. Cuando lo hizo, fue con unas pocas palabras, que el viejo tradujo:

—Dice que bajo aquellas piedras estaba su familia.

Afuera, la lluvia caía con más fuerza que nunca. Golpeaba la cubierta de la tienda-comedor y el impacto del agua hacía temblar la lona. Yo me puse de pie para ir hasta la puerta y levanté el faldón de la tienda. Las montañas eran invisibles detrás de la lluvia, pero yo sabía que nos rodeaban por los cuatro costados. Tuve la sensación de que se reían de nosotros, de nuestro escaso número y del valor desesperado de los pilotos. Sentí que las montañas eran las astutas, y no nosotros. ¿Acaso aquella misma mañana no se habían vuelto a mirar al norte, hacia Tepelene, donde habían visto un millar de aviones alemanes reunidos a la sombra del Olimpo? ¿No era cierto que la nieve en la cima del Dodona se había fundido en un solo día, provocando los pequeños torrentes de agua que cruzaban nuestro campo de aterrizaje? ¿No había el Katafidi sepultado la cabeza en una nube para que nuestros pilotos sintieran la tentación de volar a través de aquel espacio blanquecino y se estrellasen contra sus abruptas espaldas?

Y mientras permanecía de pie contemplando la lluvia a través de la abertura de la tienda, tuve la convicción de que las montañas se habían vuelto en contra nuestra. Lo sentí en las tripas.

Retorné al interior de la tienda y allí estaba Fin, sentado junto a Katina, tratando de enseñarle palabras inglesas. No sé si hacía muchos progresos, pero sí sé que en un momento dado la hizo reír, y eso fue un logro estupendo por su parte. Recuerdo el inesperado sonido de la carcajada de

ella y cómo todos la miramos a la cara: un rostro diferente de como había sido hasta entonces. Nadie más que Fin podía haberlo logrado. Él mismo era tan alegre que resultaba difícil mantener la seriedad en su presencia. Era alegre, alto y moreno, y allí estaba sentado en el banco, inclinado hacia delante, susurrando sonriente mientras le enseñaba a Katina a hablar inglés y también a reír.

Al día siguiente el cielo se despejó y volvimos a ver las montañas. Salimos a patrullar sobrevolando las tropas que se retiraban lentamente hacia las Termópilas, y encontramos algunos Messerschmitt y Ju-87 que bombardeaban a los soldados. Creo que les dimos a unos pocos, pero ellos derribaron a Sandy. Lo vi cayendo. Estuve treinta segundos completamente inmóvil observando su avión, que bajaba suavemente en espiral. Me quedé parado esperando el paracaídas. Me acuerdo de que puse en funcionamiento mi radio y dije en voz baja: «Sandy, tienes que saltar ahora. Salta; estás muy cerca de la tierra». Pero no hubo ningún paracaídas.

Aterrizamos y rodamos hasta nuestros respectivos emplazamientos y allí estaba Katina, de pie con el Doc, delante de la tienda sanitaria: una diminuta joven de suicio vestido estampado, observando la llegada y el aterrizaje de las máquinas. Dirigiéndose a Fin en el momento en que este entraba, dijo:

—*Da yiraisis xana.*

—¿Qué significa eso, Pericles? —preguntó Fin.

—Pues quiere decir: «Han vuelto» —dijo Pericles, sonriendo.

La muchacha había contado con los dedos los aviones cuando emprendieron vuelo, y ahora advirtió que faltaba uno. Estábamos desperdigados quitándonos los paracaídas y ella intentaba preguntarnos por él, cuando de pronto alguien exclamó:

—Miren. Ahí vienen.

Todos nos lanzamos hacia las estrechas trincheras, y recuerdo haber visto a Fin que tomaba a Katina por la cintura y la llevaba con nosotros, y a ella luchando como una tigresa durante todo el camino hasta allí.

Tan pronto como estuvimos en la trinchera y Fin la hubo soltado, Katina saltó fuera y salió corriendo hacia el campo de aterrizaje. Como meteoritos se precipitaban los Messerschmitt, con los cañones vomitando fuego, y descendían tanto que a los pilotos se les podía ver la nariz emergiendo de las gafas de vuelo. Por todas partes las balas levantaban columnas de polvo, y vi a uno de nuestros Hurricane estallar en llamas. Vi a Katina plantada firmemente en el centro mismo del campo, de pie con las piernas separadas, mirando cara a cara a los alemanes que efectuaban sus pasadas en picado. Nunca en mi vida he visto a alguien más pequeño, indignado y furioso. Parecía estarles gritando, pero el ruido era tal que no se oía más que los motores y las detonaciones del fuego de los aviones.

Entonces se acabó. Se acabó tan súbitamente como había empezado, y nadie habló gran cosa excepto Fin, que dijo:

—Yo jamás habría hecho eso, ni aunque estuviera loco.

Esa noche El Mono buscó los registros del escuadrón, añadió el nombre de Katina a la lista de sus integrantes, y el oficial de equipamiento recibió orden de suministrarle una tienda. De modo que, el once de abril de 1941, la muchacha se convirtió en miembro del escuadrón.

Al cabo de dos días se sabía el nombre de pila o el apodo de cada piloto y Fin ya le había enseñado a decir: «¿Ha habido suerte?» y «Buen trabajo».

Pero fue una época de mucha actividad, y cuando intento reconstruirlo de hora en hora el periodo entero se vuelve confuso en mi mente. En su mayor parte, recuerdo, se trataba de escoltar a los Blenheim a Valona, y si no era eso, de ametrallar a los camiones italianos en la frontera albanesa; o recibíamos un SOS del regimiento de Northumberland afirmando que estaban siendo ferrozmente bombardeados por la mitad de la aviación de Europa.

Nada de eso recuerdo. No me acuerdo con claridad de nada relativo a aquella época, salvo de dos cosas. Una es Katina y su permanente presencia entre nosotros; que estaba en todas partes y que adonde quiera que iba la gente quedaba encantada al verla. La otra cosa que recuerdo es la entrada de El Toro en la tienda-comedor una noche, tras haber patrullado en solitario. El Toro era un gigante, con una espalda enorme ligeramente encorvada, y su pecho era como el tablón de una mesa de roble. Antes de la guerra había hecho muchas cosas, la mayoría eran cosas que uno sería incapaz de hacer a menos que aceptase de antemano que no hay diferencia entre la vida y la

Índice

Introducción	5
Katina.	9
El gran gramatizador automático.	46
La señora Bixby y el abrigo del coronel	75
El mayordomo.	100
Hombre del sur	106
La patrona	122
Placer de clérigo	137
El hombre del paraguas	174
La subida al cielo.	184
Jalea real	203
La Venganza es Mía, S. A.	244
Lady Turton.	274
El sibarita.	299